



Alberto Guerra y la alforja de la palabra

Dra. Práxides Hidalgo Martínez

"El espíritu del hombre, rebasando lo biológico y extendiéndose en múltiples direcciones, no se satisface con el conjunto de cosas que encuentra en la trivialidad de su existencia; lo real le parece exiguo. Por eso busca ansiosamente escapar al influjo prosaico de la realidad existente, y entregarse a un dulce ensoñar, que le haga deambular por las regiones de la fantasía, donde como en los sueños, no existe ni espacio geométrico ni tiempo físico", hemos tomado este texto del escritor argentino José de Calderaro, pues el escritor Alberto Guerra Gutiérrez, ha encontrado más allá de la significación del simple "estar" en una realidad temporal y espacial, el "ser" dentro de esas realidades, porque por todos los caminos que ha emprendido lo ha hecho con una alforja bajo el hombro repleta de palabras, que las ha ido vaciando como el sembrador cuando pone las semillas cargadas de esperanzas esperando la cosecha que le llenará de frutos y por lo tanto de goce. Es así como las palabras brotadas de la alforja de este caminante han ido, marcando huellas configuradas en versos o en prosa porque para él escribir no sólo ha sido cuestión de tener algo que decir y de decirlo de la mejor forma posible, sino que su escritura ha sido y es el testimonio de vivencias, experiencias, emociones, sentimientos, de esa contemplación de la naturaleza, de la vida, de las personas, de los hechos, de las circunstancias, de ahí que de su vertiente creadora han surgido textos que van desde la preocupación antropológica, de esa comunicación del ser humano con su contexto, de la interacción de ambos, hasta los textos poéticos cuyas superestructuras descansan en temas mineros, sentimentales, panteístas, sociales, filosóficos, pero que no son meras enunciaciones líricas, sino profundas preocupaciones que giran en la atmósfera del poeta y que testimonian un vivir, pues a través de su lenguaje se da a conocer y se conoce, porque como afirma el poeta Pedro Salinas, el individuo se posee a sí mismo, se conoce, expresando lo que lleva dentro, y esa expresión sólo se cumple por medio del lenguaje.

Encontramos en Alberto Guerra un prisma de textos cuyas caras nos presentan diferentes facetas de las experiencias vividas dentro de diferentes tonalidades, en el campo del folklore, de las tradiciones de la medicina natural, de la poesía, de la prosa poética, de los movimientos literarios y artísticos, textos que demuestran que sus percepciones se constituyen en sus vivencias, a través de las cuales conocemos su visión del mundo, de la vida, de las personas, de los momentos y circunstancias donde no sólo ha sido espectador, sino protagonista, en muchas ocasiones.

Esa conjunción armoniosa y prodigiosa entre el percibir y el sentir, ha permitido que su alma se enriquezca de contenidos anímicos valiosos que se han objetivado y a la vez sublimizado en creaciones artísticas que son expresiones de alegría, tristeza, de dolor o de goce, de esperanza o de protesta. Ahí que las creaciones de Alberto Guerra tienen una directa relación con la riqueza de sus vivencias, que constituyen el encuentro del yo con lo que le rodea, del yo con el tú, para en ocasiones fundir el yo y el tú en una sola presencia.

Estamos ante un verdadero artífice de la palabra que después de sembrar derramando palabras de su alforja, hoy recoje juntamente con sus lectores frutos armoniosos para deleite de todos, pues ha recibido galardones tanto a nivel local como nacional, por eso Alberto Guerra sigue y seguirá vaciando las palabras que todavía están repletas en su alforja y se encuentran inquietas por seguir llenando los surcos por donde recorre y recorrerá nuestro poeta, deseando nosotros ser el terreno fértil donde caigan esas semillas.

Hans Magnus Enzensberger:

Mozart, el te

El poeta y ensayista alemán nos describe, afligido, los ribetes de la contaminación acústica global. La compleja sintomatología de un nuevo tipo de alergia.

Poco a poco nos van acorralando. Hasta en el supermercado de la esquina mana del techo una papilla musical viscosa y dulzona cortada cada dos minutos por una oferta especial. Su consistencia recuerda a la de la mayonesa, que a su manera también es una sinestesia. Ahora, cada vez que en casa falta un paquete de sal o una botella de leche hay que dar un rodeo de diez minutos para no tener que ir al súper.

La propia Lufthansa lleva meses parapetada detrás de una barrera telefónica; quien a pesar de ello intente reservar un billete o pedir información se verá obligado a obedecer los dictados de una voz sintética que, con torturante puntuosidad, le mandará pulsar diferentes teclas. A continuación inunda la línea telefónica un potaje sonoro de lo más heterogéneo, una auténtica olla podrida de notas musicales. Mientras el montón de desperdicios armónicos fermenta y se compostiza minuto a minuto, la Sociedad de Autores va cobrando derechos.

En el baño del hotel suena la Pequeña Serenata Nocturna, en un cuidadoso arreglo concebido para que armonice con la descarga del retrete y ejecutado como "media mix". Los conductores de autobús y los taxistas ya hace tiempo que ajustan con mano de hierro el volumen de los altavoces de a bordo. Una engolada voz de barítono instruye a los pasajeros acerca de los últimos adelantos en el ámbito de los desinfectantes de inodoro y la banda de música reanuda el machaqueo. El deleite de los pasajeros sólo lo turban los chirriantes comunicados de la central.

La zona peatonal ya hace tiempo que está ocupada. Los "incas" con poncho se encargan de sonorizarla con eficacia; los indios suelen venir de cualquier pueblo de los alrededores. En los suburbios, las fiestas callejeras atruenan los tímpanos; el olor de aceite quemado impregna los picos de rendimiento electroacústico de los amplificadores de quinientos vatios. Los restaurantes sin música cuestan el doble. Quien se atreve a ir al peluquero consiga una cajita de tapones para los oídos. También hay que evitar los edificios altos; el visitante no tendrá más remedio que subir por la escalera de incendios, porque todos los ascensores están afectados por la contaminación sonora. Hasta en las alcobas hay que tener cerradas durante la noche las ventanas aislantes, porque los propietarios de descapotables, seres que rebosan de alegría de vivir, suelen sentir el deseo de probar las cualidades de sus equipos de música hasta altas horas de la madrugada.

Hay personas, amigos míos incluso, que cuando me tapo los oídos me dicen que haga el favor de no venirles otra vez con mis lamentaciones criticocul-

turales. Criticoculturan. Son incapaces de sentir aversión y un rechazo. El problema es material. Se recomendaría que el médico de familia, el "basca", desde luego "emético" verán que se refieren a Bothe Strauss.

Más bien se trata de una expulsión del estómago como consecuencia de que involucra a los músculos del diafragma. El síntoma puede desencadenarse también de los órganos del aparato vestibular, de la excitación del centro del cerebro, de un aumento a menudo el vómito. En determinadas circunstancias la consideración la es un gún todos los indios. Hasta aquí, lo relativo.

Al profano, claro, no le hace caso. Cuidado. Las arcadas a uno lo dejan frío. No oír uno consejos y hacer tanto teatro. "¿Tienes que reaccionar?" "Traga".

Estos métodos raras veces de la pedagogía de su vida las que se les obligaba de legumbres, después tenían que librarse totalmente la mesa del retrete... En pocas palabras elemental que las analizar, sino en todo caso posibilidad de acoso lo repulsvivo fracasos del comportamiento de algo o por algo de la población de la dotada de una sufrida de la agresión musical aparte. No despiertan burla. El mundo de cerdo puede con sus conciudadanos tras pleito en los tres sus exigencias de níquel. Las alarmas el aire llenan el electrodiscriminación es el abandonado a su del aquelarre. Las

